

pais que me llevaba el marfil del jefe de los makolos. Para el caso de que yo muriera, rogué á este oficial que vendiera los colmillos, y entregara á mis hombres su importe. Pero conservando la vida, mi intencion era comprar en Inglaterra los objetos que el cacique me habia pedido, reembolsándome á la vuelta con el valor del marfil depositado.

De todas estas disposiciones di noticia á mis hombres, los cuales me dijeron: No padre, no morirás y vendrás con salud para llevarnos cerca de Sekeletú. Prometiéronme luego esperarme, y solo la muerte podrá impedirme volver á reunirme á ellos.

Después de seis semanas de espera, el brick de la marina real el *Frolic* fondeó en las aguas de Quilimane. Tomo pasaje á su bordo para Mauricio llevando solo conmigo á mi fiel Sekuebú, jefe de mis makolos. Este, que era muy estimado de los oficiales y marineros del brick, comenzaba á hablar algo en inglés. Al principio estaba como aturdido. ¡Qué pais tan singular! me decia: Todo agua, agua, agua. Pero se mostraba, sin embargo satisfecho, á propósito de las atenciones de que á bordo era objeto, me dijo más de una vez: «Los blancos sois muy buenos.»

Al cabo de un mes llegamos á la isla de Mauricio, remolcados por un steamer que nos hizo entrar en el puerto. La admiracion de Sekuebú llegó entonces á su colmo. Pero esta tonsion de espíritu habia sido fuerte y continuada, y por la noche llegó á perder el juicio. Al principio creí que estaba embriagado,

pero me engañé. Bajó á la chalupa para ir á tierra, y cuando quise traerlo á bordo, rehuía diciendo: «No, no; quiero morir solo: tú no debes morir. «¡No vengas, ó me arrojó al agua!» Conociendo entonces su demencia, —¡Sekuebú! le dije, ¿no quieres ver á Ma-Robert? «¡Oh! sí, sí, me contestó con voz conmovida. ¿Dónde está?» Y pareció recobrar entonces la razon.

Los oficiales me propusieron asegurarnos su persona poniéndole grilletas; pero como era uno de los principales personajes de su tribu, y los locos suelen acordarse de los malos tratamientos que se les ha hecho sufrir, no quise que Sekeletú me pudiera reprochar un dia el hecho de haber encadenado como á un esclavo á uno de sus magnates.

Procuré, pues, conducirlo á la playa; pero tampoco quiso seguirme. Por la noche volvió á darle otro acceso de locura y acometió con su lanza á un marinero, arrojándose luego al mar. Aunque sabia perfectamente nadar, siguió la cadena que retenia el brick, sin luchar contra las olas, y no volvimos á verlo más, ni aun muerto.

Este acontecimiento me afectó profundamente; pero las primeras noticias que recibí de Inglaterra me afectaron todavía más. Supe que al mismo tiempo que yo bajaba el Zambese, sin aspirar á otra recompensa por mis trabajos que á sentarme en el modesto hogar de mi padre para contarle mis viajes, el buen anciano pasaba á mejor vida.

EL ZAMBESE Y SUS AFLUENTES.

POR DAVID Y CARLOS LIVINGSTONE.

1830-1861.

Llegada á la costa.—El Luavé.—Bocas del Zambese.—El Kongoné.—Festividad del delta.—Colonos.—Canal profundo.—Estado de guerra.—Atrocidades de Mariano.—Encuentro de los rebeldes.—Combate entre los portugueses y los indígenas.—Mazaro.—Zhapanga.—Laudines.—Tributo pagado por los portugueses.—Sena y el señor Ferrao.—Presente.—Cazadores de hipopótamos.—Baobab.—Garganta del Lupata.

Nuestra nueva expedicion salió de Inglaterra el 10 de mayo de 1858 en el steamer colonial *La Perla*, y después de haber recibido en el Cabo la mas generosa hospitalidad, llegamos en el mes de mayo siguiente á la costa de Mozambique. La primera diligencia que debíamos practicar era explorar el Zambese, sus embocaduras y sus afluentes, destinados á servir de grandes caminos á las Misiones y al comercio para penetrar en el interior de Africa.

A cinco ó seis millas de la costa, el verde amarillento del mar fue reemplazado por un agua cenagosa y cargada de restos vegetales, como la de un rio desbordado.

La costa es pantanosa y está cubierta de nópales, entre los cuales hay terrenos arenosos tapizados de yerba, y donde crecen plantas trepadoras y palmeras de escasa altura. Diríjese de Este á Oeste, y no presenta rasgo alguno que pueda servir de guia al caminante. Muy difícil es descubrir la embocadura del rio, pero su profundidad disminuye gradualmente, y cada brazca que se le encuentra de menos indica cerca de una milla.

Entramos en el Luavé, cuya embocadura es tan tranquila, que *La Perla* cuyo calado era de 9 pies y 7 pulgadas, no necesitó ser precedida de la operacion de la sonda.

Un vaporcito que habíamos traído de Inglaterra se colocó en el lugar destinado al anclaje, y dimos principio á la exploracion. Nuestro buque se llamaba el *Ma-Robert*, en honor de missis Livingstone, y que los indígenas, segun su costumbre, bautizaron con el nombre de su hijo mayor.

La bahía es profunda, pero está rodeada de pantanos poblados de nópales. Después de subir un espacio de setenta millas, nos hallamos en una laguna erizada de cañas y otras plantas acuáticas.

Habiendo el Luavé recibido el nombre de Luabo occidental, se supuso que era un brazo del Zambese, cuya ramificacion mas importante se llama Luabo oriental, ó simplemente Luabo.

Al salir de él, el *Ma-Robert* y *La Perla* se dirigieron á una embocadura que es realmente una de las salidas del rio. Recordemos que éste se arroja al mar por cuatro bocas diferentes, que son el Milambé, que es su brazo mas occidental, el Kongoné, el Luabo y el Timbúe ó Muselo.

En la época del desbordamiento del rio, un canal formado por la naturaleza, corre paralelamente á la costa, describe muchas sinuosidades en las lagunas, y proporciona un camino secreto del que se aprovechan los negreros para trasportar los esclavos de Quilimané á las bahías de Masanganu y Nameara, y tambien al Zambese.

Durante mucho tiempo se ha presentado al Kua-kuaó rio de Quilimané como la principal ramificacion del Zambese, del que dista unas 70 millas, lo cual tenia por objeto burlar la vigilancia de los cruceros, haciéndolos espiar esta falsa embocadura, y entre tanto desembarcar los negros, que con toda seguridad eran enviados por la verdadera salida del rio. Los portugueses lo reconocen así, lo dicen y lo sustentan; y, sin embargo, este error se ha propagado recientemente por medio de un mapa formado por el ministerio de las Colonias de Portugal.

Después del exámen de los tres brazos del Zambese, por Mr. Francisco Skead, se convino en que el Kongoné era la mejor entrada del rio.

La barra es estrecha y el paso casi recto, y si se colocaran balizas, y se encendiera un faro en la isla de la Perla, un vapor nada tendria que temer. La barra del Luabo oriental es buena pero larga, y no puede arrostrarse sino con viento de Este ó Nordeste. Este rio se llama algunas veces *Barra Catrina*, y se utilizaba para el trasporte de los esclavos.

El Kongoné está situado al Este del brazo mas occidental del Zambese; hállase á una distancia de 5 millas de él, y á 7 de Luabo, que á su vez dista 5 de Muselo.

Pocos indígenas encontrábamos á nuestro paso. Los que veíamos abandonaban sus canoas no bien nos descubrian, y se ocultaban entre los nópales: prueba evidente de que abrigan una opinion poco favorable de los blancos. Es posible que sean esclavos cimarrones; como quiera que sea, ello es lo cierto que huyen de la esclavitud.

Los búfalos y los jabales de berrugas abundan en los parajes herbosos, como tambien los antilopes,

de los que hay tres especies diferentes, y todas muy dóciles. Por lo regular, tres horas de caza suministran alimento para muchos días y para veinte hombres.

Durante las primeras 20 millas el curso es recto, y el río profundo. A esta altura, un pequeño canal, ligeramente tortuoso, se abre á derecha, y nos conduce al gran Zambese, al que llegamos despues de un trayecto de 5 millas. Por lo que respecta al Kongoné, sale del río á una distancia mucho mayor del mar, así como también la ramificación exterior ó Doto.

Desde la costa hasta 20 millas arriba el Kongoné atraviesa un áspero laberinto de nópales, algunos de los cuales están cubiertos de líquenes que probablemente nunca han sido recogidos. Helechos enormes, bosquecillos de palmeras y algunos datileros silvestres se muestran esparcidos por el bosque, y de los que los nópales son especies diferentes. Los frutos de estos paletuvios, que apenas se pueden comer, tienen un color vivo, cuyo brillo forma un hermoso contraste con el verde lustroso de sus hojas. En ciertos parajes, el milola, un hibisco de hojas oscuras y grandes flores amarillentas forman bosquecillos á orillas del agua. Su corteza sirve para la fabricación de excelentes cordelerías, y es tenida en gran estima para las cuerdas de los harpones que sirven para la pesca del hipopótamo.

Los pandanos, cuyas hojas se emplean en la isla de Mauricio para la fabricación de las nasas en que se embala el azúcar, abundan también. Hay algunos tan altos en el punto en que el canal desemboca en el Zambese, que vistos desde lejos parecen campanarios, y justifican esta observación de un antiguo marino: «solo falta una cosa: la taberna al lado de la iglesia.»

Vimos muchos guayabos y limoneros silvestres, cuyos frutos recogen los indígenas.

Posado en las ramas más altas, el alción estriado (*alcyon striolata*) hace resonar los sombríos bosques con su canto vivo y alegre. Al pasar el *Ma-Robert*, una garza ó un martin-pescador se lanza atemorizado desde el borde de la orilla, huye, y va á reposar tranquilamente á corta distancia, para asustarse de nuevo un minuto despues de nuestra llegada, y huir otra vez.

A los bosquecillos de nópales que dejamos á nuestra espalda suceden vastas llanuras de un suelo rico y oscuro, cubierto de una yerba gigantesca que excede nuestra estatura y hace imposible la caza. Empieza á brotar en julio, y cuando se seca, los indígenas la queman, de lo que resulta que los árboles escasean en estas llanuras herbosas: solo las esencias más duras, como el boraso y el guayaco pueden resistir el mar de fuego que ruje todos los años en estos terrenos incendiados.

Muchas chozas de indígenas se ven en medio de los bananeros y cocoteros de la orilla derecha. Están construidas sobre pilares que las levantan algunos pies sobre la tierra húmeda, y en ellas se entra por medio de una escalera de mano.

Maravillosa es la fecundidad del suelo, y los jardines ostentan una vegetación admirable. Cultívanse en ellos patatas, calabazas, tomates, berzas, arroz en gran cantidad, algodón y la caña de azúcar.

Esta fértil región, que se extiende desde el canal de Kongoné hasta más allá de Mazaro, y cuya longitud es de unas 80 millas sobre 50 de anchura, se adapta perfectamente al cultivo de la caña, y proveería de azúcar á toda Europa, si fuese poseída por los colonos del Cabo.

Los habitantes, cuyo número es muy escaso, parecen hallarse bien alimentados, pero su falta de vestidos es desconsoladora. Tienen la piel negra, y casi todos son colonos, es decir, siervos portugueses. Nuestra presencia no les causó temor alguno, y lejos de huir, se agruparon en la orilla, miraron con asombro nuestros buques, y especialmente *La Perla*. Un anciano que subió á su bordo, nunca había visto una embarcación semejante. Dijo que era como un pueblo y preguntó si esta enorme *canoa* se había sacado de un solo árbol.

Todos estos indígenas profesan grandísima afición al comercio, y se dirigieron inmediatamente hácia nosotros en sus leves y rápidas canoas, para ofrecernos todos los géneros que poseían. Algunos nos trajeron cera y miel, pues estos artículos abundan en los bosques de nópales. En el momento de alejarnos, muchos de aquellos intrépidos vendedores corrieron hácia la orilla para procurarnos volatería, y cestos de arroz y harina, gritando: ¡*Malonda!* ¡*malonda!* (cosas que se venden), mientras los demás nos seguían en sus canoas, que hacían bogar con gran presteza.

El *quoneté* del Zambese, pues así denominan los barqueros del país al canal de este gran río, es sinuoso y muy estrecho, comparativamente á la anchura de las aguas.

Al llegar cerca de la isla de Simbo, en que el Zambese proyecta á su derecha el brazo llamado Doto, y que va reunirse al Kongoné, al paso que el Chindé arranca de la izquierda del río para dirigirse al canal secreto de que se ha hablado, la *Perla*, no hallando ya una cantidad de agua suficiente, desembarcó los objetos pertenecientes á la expedición y los depositó en una de las islas cubiertas de yerba que se encuentran á unas 40 millas de la barra. Preciso fue, pues, separarnos de nuestros amigos Duncan y Skead: el primero nos dejó para trasladarse á la isla de Ceylan, y el segundo para regresar al Cabo.

Algunos de los nuestros permanecieron en la isla



Bahía de la embocadura del Monton (Mazaro).

de la Expedición, desde el 18 de junio hasta el 13 de agosto, en tanto que el *Ma-Robert* y la canoa subían el Zambese á fin de trasportar el cargamento á Supanga y Sena.

Al llegar á Mazaro, embocadura de una estrecha caleta que en tiempo de inundaciones comunica con el rio Quilimané, encontramos á los portugueses en guerra con un tal Mariano, mestizo que constantemente les había desafiado, y que dominaba casi todo el pais que se estiende desde Mazaro hasta la embocadura del Chiré, donde habia construido una estacada.

Mas conocido con el nombre de Mata-Kenya, que le daban los indígenas, y que significa *tremulo ó temblador*, como hacen los árboles durante una tempestad, Mariano era un cazador de esclavos y tenia á sus órdenes un cuerpo de mosqueteros. A imitación de todos los portugueses de aquellas comarcas, enviaba sus bandas armadas á practicar razias de esclavos entre las tribus inofensivas del Nordeste, y conducia sus desgraciadas víctimas á Quilimané, donde eran vendidas por Cruz Coimbra, su cuñado, y embarcados para la isla de Borbon, en cualidad de *libres emigrantes*.

Mientras sus rapiñas y asesinatos no alcanzaron sino á los indígenas de las provincias lejanas, las autoridades portuguesas no tomaron parte en este asunto. Pero, acostumbrados al saqueo y al olor de la sangre, sus cazadores de esclavos empezaron á ejercer sus violencias contra todos los que hallaban al paso, aunque fuesen portugueses, y concluyeron por atacar á los habitantes de Sena hasta bajo de los cañones del fuerte.

Las atrocidades de aquel malvado, con mucha razon calificado de bandido y de asesino por el gobernador de Quilimané, habian llegado á ser intolerales, y todos hablaban de Mariano como de un monstruo de inhumanidad. ¿De qué procede que los mestizos son mucho mas crueles que los portugueses? Esto es inexplicable, pero el hecho es cierto.

Declaróse, pues, la guerra á Mariano, enviándose en su persecucion algunas tropas con la orden expresa de apoderarse de su persona. Resistióse al principio; pero temiendo luego una derrota, que era probable, y sabiendo por otra parte que las autoridades portuguesas están mezquinamente retribuidas, creyó que se sentirian dispuestas á entrar en tratos con él, y partió para Quilimané, á fin, segun decia, de entenderse con el gobernador. Pero el coronel Da-Silva lo hizo prender y lo envió á Mozambique para que allí fuese juzgado.

A nuestra llegada al Zambese, la gente de Mariano estaba al mando de su hermano, llamado Bonga, y las hostilidades continuaban. Esta guerra, que duraba hacia ya seis meses, habia paralizado por

completo el comercio. El 15 de junio nos encontramos en contacto con los rebeldes, quienes formaban una tropa bien armada, pero vestida de la manera mas caprichosa que es posible imaginar. En aquel momento estaban agrupados debajo de los árboles de Mazaro.

Les hicimos saber que éramos ingleses, en vista de lo cual algunos vinieron á bordo, gritando á sus camaradas que depusiesen las armas. Al desembarcar entre ellos, vimos en el pecho de muchos la señal de hierro candente que los habia marcado como esclavos. Pero conocian la opinion del pueblo inglés relativamente á la esclavitud, y aprobaban calorosamente el objeto de nuestra expedición. Con gritos de júbilo, harto diferentes de las sospechosas preguntas que al principio nos habian sido dirigidas, fue saludada nuestra partida, y en lo sucesivo fuimos considerados como amigos en ambos campos.

Poco tiempo después ocurrió un choque; hacíamos leña á una milla escasa del lugar del encuentro, pero no podíamos oír, á causa de especiales accidentes, el ruido de las descargas de fusilería. Al llegar al teatro de la acción, vimos una turba de indígenas y á muchos portugueses. El doctor Livingstone se acercó á saludar á algunos antiguos amigos que entre éstos descubria, cuando percibió el olor de la sangre y se encontró en medio de los muertos. Pidiósele que se llevase al gobernador, que estaba atacado de la fiebre, y lo condujese á Shupanga.

A este punto llegó la espresada autoridad en un estado de completo desfallecimiento. Discípulo de Raspail, no habia combatido la fiebre sino por medio del alcanfor, y no pudo librarse de ella; no obstante, sometido á remedios mas eficaces, no tardó en recobrar la salud.

El grabado que representa el combate ofrece algun interés, porque la bahía en que se ve una canoa derribada sobre un costado, es la embocadura del Muton, tal como la dió en 1861 un mapa portugués publicado por el ministerio de Marina, por ser el camino que toma el brazo principal del Zambese para dirigirse á Quilimané. Pero el Zambese tiene en este parage una anchura de una milla (mas de 1,600 metros), al paso que el Muton apenas tiene 25 ó 30 pies de anchura. En realidad es una caleta ó ensepada, cuyo fondo está lleno de yerbas, y que se encuentra á 6 pies ó acaso mas, sobre el nivel del rio. La orilla de esta caleta que conduce á la derecha, del grabado, y cuya pendiente va á unirse á al cadáver de un negro, puede indicar los puntos sucesivos que va alcanzando el Zambese desde marzo hasta junio, época en que la inundación llega á su altura media.

Al salir del bosque de mangles hasta Mazaro, en una estension de 60 á 70 millas, se ve por ambas

partes hasta perderse de vista vastas llanuras cubiertas de yerba, una soledad espantosa, ninguna vivienda, solo algunos árboles, y esparcidas aquí y allá las verdes y redondas copas de la palmera.

En las inmediaciones de Mazaro el paisaje adquiere un carácter mas agradable, pues se descubre á la derecha la cresta llena de frondosidad de Shupanga, y en el horizonte se destacan unas montañas azuladas.

Hasta allí no hay comercio alguno por el Zambese, pues todas las mercancías de Sena y Teté llegan á Mazaro en grandes piraguas; luego son trasportadas al través de los campos sobre las cabezas de los indígenas, y al fin se las reembarca en una pequeña corriente que se pierde en el Kuakua, ó rio de Quilimané, enteramente distinto del Zambese. Pocas veces ocurre, cuando sobrevienen las mayores inundaciones, que los buques puedan ir desde este rio al Kuakua, por el Muton.

Los habitantes de Marurú, es decir, del pais que rodea á Mazaro, gozan de muy mala fama entre los portugueses, quienes les tienen en concepto de astutos ladrones, pues los traficantes tienen á veces justos motivos de queja de su destreza en tal oficio, al pasar de un rio á otro. Marineros en su casi totalidad, guían la mayor parte de las embarcaciones que hacen rumbo de Mazaro á Sena y Teté, por cuyo servicio solo perciben una módica retribución; y como no se fían de los que los emplean, nunca se ponen en camino sin hacerse pagar de antemano. Por lo demás, como los africanos están dispuestos, á imitación de los blancos, á motivar su conducta, alegando razones plausibles, es probable que los de Marurú justifiquen tal exigencia por estas palabras de la barcarola que cantan mientras reman: «*Ouachingue, ouchingue kale*», que significan: «Hace mucho tiempo que me engañas»; ó bien: «Tú eres poco seguro, poco seguro, en verdad.»

Los landines (cafres-zulús) se consideran los señores de la orilla derecha del rio, y los portugueses, que pagan á esta tribu guerrera un tributo bastante crecido, así lo reconocen. Cada año por lo regular, los landines acuden en gran multitud á Shupanga y Sena, para percibir la renta habitual. Los ricos negociantes, cuyo número es escaso, se lamentan de esta carga que recae especialmente sobre ellos, y no dan á los zulús menos de 200 piezas de estofas que esceden de 60 varas, sin hablar del alambre de latón y de ciertas bujerías, pues saben que la guerra seria la inmediata consecuencia de su negativa al pago, y que en tal caso perderian mucho mas, sino es que lo perdian todo.

Los landines vigilan á los habitantes de Sena y Shupanga con mas asiduidad que un terrateniente inspecciona á sus arrendatarios. Cuanto mas se es-

tienen los cultivos, mas aumentan los tributos. Así es que cuando preguntábamos á los propietarios por qué no hacian venir tal ó cual producto que les hubiera proporcionado un gran lucro, nos respondian: «¿Y qué adelantáramos? Eso solo serviría para que los landines nos explotasen mas.»

El makundun-kundú abunda en los bosques de Shupanga, y su madera, que es de un amarillo brillante, sirve para hacer mástiles para las embarcaciones, y contiene un principio amargo dotado de virtudes febrífugas. El gunda, árbol que crece en los mismos bosques, llega á adquirir enormes dimensiones; su madera es muy resistente, pues sus fibras irregulares están enredadas entre sí; contiene masas de sílice en el tejido leñoso, y de ella se hacen grandes canoas para el servicio del puerto, de tres ó cuatro toneladas. Por la autorización para cortar estos árboles, se pagaban anualmente á los zulús en 1858 200 dolares por un negociante de Quilimané; su sucesor paga en la actualidad 300.

Hay en Shupanga una casa de piedra de un solo piso, que da sobre el rio y su situación es admirable. Delante de la fachada, una senda suavemente inclinada que tiene á su derecha un hemoso plantío de nópales, nos condujo al Zambese, cuyas islas de un verde de esmeralda descansan sobre las tranquilas aguas, que reflejan la magnífica luz del sol. Al Norte se estienden vastos cultivos, luego bosques de palmeras y otros árboles tropicales; la montaña de Morambala, que descuella en medio de nubes blancas, y allá á lo lejos otras montañas se divisan en el azul horizonte. Muchos tristes recuerdos enlazan esta morada tan soberbiamente situada, con la historia de dos expediciones inglesas. Allí fue donde el compañero del capitán Owen, el pobre Kirkpatrick, sucumbió á la fiebre en 1826; y donde espiró la querida esposa del doctor Livingstone en 1862, arrebatada por la misma enfermedad. Aquel y ésta yacen bajo un corpulento baobab, á 100 pasos de la casa por el lado de Levante, harto lejos de su patria.

Durante su estancia en la casa de Shupanga, y que duró muchas semanas, el doctor Kirk exploró un pequeño lago situado á 20 millas al Sudoeste.

Aquí calentamos nuestra máquina con fuego de ébano y guayaco, árbol que adquiere colosales proporciones, con un diámetro que á veces llega á 4 pies; nuestro maquinista, que sabia á cuán subido precio se venden en Inglaterra el ébano y el guayaco, veía con gran sentimiento que se quemasen tan preciosas maderas. En ciertas partes el ébano es hermoso, y el guayaco de calidad inferior á la de los que se traen á Europa. El cautchuc abunda detrás de la casa de Shupanga, y la raiz de colombo es muy comun en el distrito. El índigo se propaga espontáneamente á orillas del rio, y crece con profusion; es